

BETTY

Levanto la fotografía, la contemplo unos instantes, y la dejo donde estaba. No quiero que más dolores asolen mi mente. Recuerdos, pensamientos y un fluido de emociones, atosigan a mis lágrimas, saladas y a la vez amargas, que recorren una triste mirada perdida para acabar junto a un viejo peluche.

Los gritos y alborotos, por entonces tan frustrantes; me vacían por dentro como si tratase de un golpe seco. Risas, lloros, voces, canciones; tan alegres entonces, se cruzan en mi cabeza para perderse en mi ser.

Recojo el peluche sucio, y lo abrazo fuertemente ahogando un llanto entre mejillas húmedas. Al fin, lo suelto todo, entre sollozos y sonrisas amargas.

El primer día. Por aquel entonces. Ellacito rojo de suave terciopelo, bordado rápidamente la noche anterior, recaía en el suelo tras un gracioso discurso. V más sonrisas. Sonrisas que espero volver a ver. Que forjaron este sitio una a una, como suaves brisas nocturnas que acarician la costa tras un fuerte vendaval. V me recuerdo a mí, a mí misma. Tan feliz, tan risueña, tan soñadora aquella vez. Y siento otro duro golpe en el pecho.

Cómo no, la pequeña Betty. Tan inocente como muchas otras, y tan desgraciada como lo soy yo ahora. No podré olvidar lo que hice, o más bien, lo que no pude hacer. Mi conciencia nunca dejará de recaer sobre mí, una y otra vez, solo para verme sufrir, como la vi yo sufrir a ella entonces. Pobre, dulce víctima, de un destino que no era el suyo, y de un sufrimiento, que debería haber sido mío. Y todavía, ese martirio, que me hace recordar las lágrimas que acompañaron al día siguiente. Las que me siguen acompañando ahora.

Adrián Marín Boyero. 2º ESO